

Sueñan las piedras

Sueñan las piedras

*Alzamiento ocurrido en la ciudad de México,
14, 15 y 16 de septiembre de 1847*

LUIS FERNANDO GRANADOS

GS[•]

Primera edición en Grano de Sal, 2025

Primera edición, Ediciones Era-INAH, 2003

Diseño de portada: Estudio Ahuehuete

a partir de Carl Nebel (1805-1855), *Genl. Scott's Entrance into Mexico*, 1851, litografía, lámina 45 de *The War Between the United States and Mexico Illustrated, Embracing Pictorial Drawings of All the Principal Conflicts, by Carl Nebel, with a Description of Each Battle, by Geo. Wilkins Kendall*, Nueva York, D. Appleton & Company, 1851, The New York Public Library Digital Collections, Image ID 5150241.

D. R. © 2025, Libros Grano de Sal, SA de CV

Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo,

11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México

contacto@granodesal.com | www.granodesal.com

✉ GranodeSal  LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico —entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-970-96665-0-2

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Era una laja rectangular, enorme, una barbaridad de mármol rugoso asentado sobre troncos de pino, si nos acercáramos más, oiríamos sin duda el gemido de la savia, como oímos ahora el gemido de asombro que salió de la boca de los hombres, en este instante en que la piedra apareció en su real tamaño. Se acercó el oficial de la veeduría y le puso la mano encima, como si estuviera tomando posesión de ella en nombre de Su Majestad, pero si estos hombres y estos bueyes no hicieran la fuerza necesaria, todo el poder del rey sería viento, polvo, nada. Pero, harán la fuerza.

JOSÉ SARAMAGO, *Memorial del convento*

¿De qué se compone un motín? De todo y de nada. De una electricidad que se desarrolla poco a poco, de una llama que se forma súbitamente, de una fuerza vaga, de un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que se lamentan y las arrastra.

¿A dónde?

Al acaso. A través del estado, a través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

La convicción irritada, el entusiasmo frustrado, la indignación conmovida, el instinto de guerra comprimido, el valor de la juventud exaltado, la ceguedad generosa, la curiosidad, el placer de la variación, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y al oír en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, la vanidad que cree que ha fracasado el destino; el malestar, los pensamientos profundos, las ambiciones rodeadas de abismos: todo el que espera de un derrumbamiento una salida y, en fin, en lo más bajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego, tales son los elementos del motín.

Lo más grande y lo más ínfimo; los seres que vagan fuera de todo esperando una ocasión: gitanos, gente sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen por la noche en un desierto de casas, sin más techo que las frías nubes del cielo, los que piden cada día su pan al acaso y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los pies descalzos pertenecen al motín.

VICTOR HUGO, *Los miserables*

Las acciones militares del 13 de septiembre, conocidas hasta el hartazgo las de sus primeras horas —no olvidemos que el castillo de Chapultepec fue conquistado antes de las nueve de la mañana— o groseramente ignoradas las posteriores, incluso por los constructores de la historia patria —y eso que la defensa de la garita de Belén estuvo cerca de ser un triunfo para el ejército mexicano—, no pueden, ni por asomo, ser abordadas en estas líneas. La maraña de movimientos grandes y pequeños, de combates, refriegas y aun aventuras personales ocurridos ese día reclaman el concurso de un historiador militar avezado —no la mirada de un zafio diletante— que sea capaz de encontrar la lógica social y política que subyace en el asalto al palacio de recreo de Revillagigedo y, sobre todo, en la loca embestida del ejército estadounidense a lo largo de las calzadas occidentales que unían la ciudad de México con la antigua ribera del lago.

Lógica social y política, en efecto. Porque es evidente que —detrás de los disparos y bajo las nubes de pólvora de los cañones— también la vida social de los ejércitos enfrentados anima y explica su actuación militar. Pienso, por ejemplo, en las estructuras sociales y políticas que se encuentran en el piso del salón capitular del arzobispado de Tacubaya en la tarde del 11 de septiembre, cuando Winfield Scott toma la decisión de atacar Chapultepec en lugar de enfilar sus fuerzas sobre San Antonio y Niño Perdido:¹ West Point enfrentado al ejército de la frontera, Scott desembarazándose de Worth, los voluntarios —como de costumbre— relegados a la condición de comparsas-carne de cañón.² Y pienso, por supuesto, en la decisión improvisada e irresponsable, rayana en la desobediencia, que toma el general Quitman al mediodía del lunes: los inexpertos e ineficientes voluntarios, lanzados al asalto de Belén, anuncian de este modo su inconformidad y su frustración. (Digamos de paso que el rechazo a la marginación es lo que lleva a Quitman, la mañana del martes, a incurrir en un nuevo desplante: avanza sobre la Ciudadela, y más tarde sobre la plaza mayor de México, sin esperar

las órdenes de su comandante en jefe.)³ En el bando mexicano ocurren cosas semejantes, aunque no exista suficiente información al respecto, ¿o debemos creer que la concentración de la guardia nacional capitalina en la línea meridional de defensa es sólo resultado de consideraciones militares?⁴

Ante todo, sin embargo, debemos detenernos en el efecto *social* de los hechos militares del 13 de septiembre: los grandes acontecimientos, en especial el asalto al castillo de Chapultepec, pero también los pequeños sucesos ocurridos a partir del mediodía, constituyen los últimos acordes de lo que podríamos llamar la obertura del alzamiento. Si la célebre luminosidad del valle ya había permitido —el 20 de agosto y el 8 de septiembre, por lo menos, aunque la costumbre debe tener su origen en las guerras civiles de los veinte años anteriores— el agolpamiento de los curiosos en las azoteas y las torres de las iglesias capitalinas,⁵ mucho más abundante debe haber sido el público el lunes 13: desparramados como hongos —blancos, rojos, azules—, los parasoles evidenciaban la general espera.⁶ A la angustia de los habitantes de la ciudad de México, que sabían o podían saber que estaba ocurriendo la batalla definitiva de la guerra, hay que sumar tres alicientes geográficos para la observación: la propia eminencia del cerro del Chapulín, la proximidad, nunca antes mayor, entre la guerra y el espacio urbano de la ciudad de México, y la relación casi familiar entre cerro, castillo, calzada y acueducto, y la vida de la ciudad.

Hay, pues, un público a la expectativa. Y hay, desde el 12 de septiembre, un rumor de artillería en el aire: bien colocados por los ingenieros, los cañones estadounidenses bombardean desde Tacubaya y la hacienda de la Condesa las fortificaciones mexicanas de Chapultepec,⁷ al tiempo que la batería de Steptoe, agregada para el caso a la división Twiggs, se acerca desde La Piedad y hostiga, finta sólo, la porción mejor organizada de las defensas mexicanas.⁸ ¿Se perciben estas acciones como un aviso? ¿Está el público colocado en sus lugares al amanecer del lunes? Son al parecer las cinco de la mañana cuando la artillería estadounidense interrumpe el bombardeo de Chapultepec. Se disipa el humo, se huele la frescura del rocío, se distienden los músculos mexicanos. La tregua dura apenas media hora y entonces se comprende que, más que tregua, la pausa es en realidad una señal: Quitman por el sureste, Pillow por

el sur, Worth por el noroeste —un tanto retrasado—, las vanguardias avanzan a paso de carga, destrozan las defensas mexicanas del bosque y escalan, veloces, las laderas del cerro.⁹

Los voluntarios neoyorquinos reclaman el honor de haber alcanzado la cima los primeros, pero desde la altura en que observamos la batalla poco importa en realidad conocer la identidad de los primeros vencedores. Importa más observar la retirada de la brigada Rangel por la calzada de la Verónica, los preparativos de la división Worth para perseguirla y la precipitada marcha de los voluntarios de Quitman a lo largo del acueducto de Chapultepec. A partir de ahora, la batalla tendrá dos frentes. En el noroeste, por la calzada de San Cosme —desde el cementerio británico hasta el convento de San Fernando—, la primera división de regulares se enfrentará a lo mejor del ejército mexicano, o sea las brigadas Rangel y Pérez; es el combate cruento y el avance fatigoso, pues los estadounidenses sólo progresan a fuerza de horadar las casas de la ribera.¹⁰ La garita de San Cosme no caerá antes de las seis de la tarde.¹¹

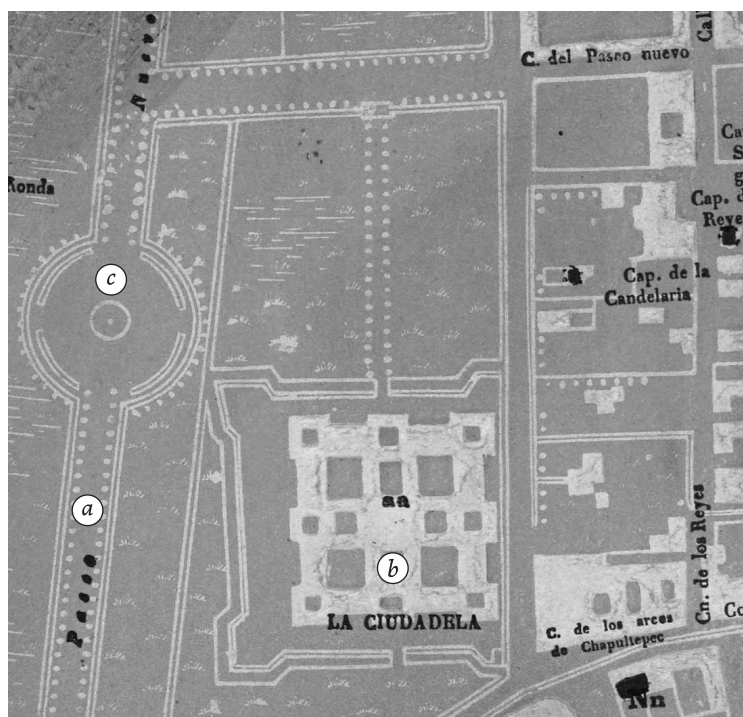
En el suroeste, mientras tanto, los voluntarios estadounidenses combatirán a una miríada de fuerzas mexicanas, entre las que destacan los guardias nacionales de Morelia, Guanajuato y Lagos, y el batallón de Inválidos, primero en el puente de los Insurgentes y a partir del mediodía alrededor del pueblo de Romita.¹² A la una y veinte de la tarde, Quitman alza su pañuelo victorioso sobre las ruinas de la garita de Belén.¹³ Esta acción, sin embargo, no significa el fin de los combates en el suroeste de la ciudad. (Durante toda la tarde, e incluso después de la puesta del sol, mexicanos y estadounidenses se enfrascaron en una extraña batalla de la que nadie resultó vencedor: los voluntarios de Quitman retuvieron el control de la garita y los mexicanos permanecieron en poder de la Ciudadela.)¹⁴ Apenas perdida la posición de Belén, variopintas fuerzas mexicanas intentan desalojar a los voluntarios de los alrededores de Romita. El ataque proviene de al menos tres sitios distintos y sus protagonistas son reunidos con dificultad por el general Terrés y mandados por José Guadalupe Perdigón Garay, Antonio de Haro y Tamariz y el coronel Barrios: desde el paseo de Bucareli, desde la Ciudadela y desde el colegio de Belén de las Mochas.¹⁵

Lo interesante del caso, por supuesto, no está en el desempeño de las armas nacionales en la tarde del 13 de septiembre; se encuen-

tra, más bien, en que los tres barrios adyacentes a estos enclaves pertenecían ya a la zona urbana capitalina. Es de resaltar, además, que Belén de las Mochas formaba parte de la línea fortificada del sur de la ciudad —esto es, que estaba unida a la garita de Niño Perdido y tenía vínculos con los guardias nacionales del Victoria ahí instalados—¹⁶ y que en la fuente de la Victoria —situada a la mitad del paseo de Bucareli y donde una batería mexicana seguía combatiendo a la hora en que Santa Anna pasó por ahí camino de la Ciudadela— desembocaba uno de los caminos que unía al paseo con los barrios de la ex Acordada, el Tarasquillo y San Juan (mapa 1).¹⁷ Y más todavía: en torno de la reconquista de Belén, los civiles hacen su primera aparición en la batalla. Los subordinados vencidos de Terrés, los obreros de la maestranza de la Ciudadela y —atención— un grupo de “pueblo”, sin más calificativo que éste, forman una columna que, en las primeras horas de la tarde, carga sin éxito contra las barricadas de los sudcarolinianos.¹⁸ Encabeza la procesión una pieza de artillería y seguramente le siguen espadas y fusiles. Qué más da. Lo que hay que mirar —y mirar y volver a mirar— es a esta multitud apedreando a los estadounidenses.¹⁹

Si la proximidad *humana* de la guerra provocó en el suroeste la movilización de los pobladores de los barrios de la Ciudadela, la ex Acordada y San Juan, es razonable suponer que también los asentamientos de la frontera meridional de la ciudad se vieron arrojados o casi precipitados a la acción por la cercanía, poco menos que tangible, del conflicto armado. Estos hechos no suelen figurar en las crónicas hechas “desde arriba”, pues carecen en realidad de significación militar o política. Es evidente que las acciones de la división Twiggs en contra de San Antonio, Niño Perdido y aun Belén tuvieron el propósito de impedir la concentración del ejército mexicano en sus posiciones del oeste —Belén, el Paseo y San Cosme—, y que su único mérito, si lo tienen, es haber conseguido dividir la atención de los defensores mexicanos.²⁰

Pero esa naturaleza, digamos distractora, sólo es comprensible si conocemos las decisiones del mando estadounidense en Tacubaya y, sobre todo, si observamos el campo de batalla con ojos de cartógrafo, de estrategia militar o de historiador. Aunque la timidez con que la brigada Riley se movió desde sus bases de La Piedad hubiera hecho comprender a los oficiales apostados en Niño Per-



MAPA 1. El Paseo (a) a la izquierda, la Ciudadela en la parte inferior (b) y el inicio de la zona urbana a la derecha. La continuación de la calle del Paseo desemboca muy cerca de la fuente de la Victoria (c). Todos los mapas se basan en *Plano general de la ciudad de Méjico 1849. Hállase en París en casa de Bauerkeller y C.*, David Rumsey Historical Map Collection 13264.000.

dido el propósito real de los estadounidenses,²¹ las bombas disparadas por la batería Steptoe no eran simples metáforas o estratagemas verbales: los terraplenes derruidos, los heridos sangrantes, las tejas de los techos, fracturadas por las balas de artillería, constituyen —o deben haber constituido— evidencias contundentes y trágicas de la corporeidad del conflicto armado.

De esta manera, el impacto de la guerra sobre la mancha urbana capitalina debe considerarse enorme y harto significativo, tangible de hecho, en los barrios suroccidentales de Belén, la Ciudadela y la ex Acordada; en la zona de influencia de los conventos de

San Fernando y San Hipólito, es decir, las zonas de poblamiento del noroeste, y también en el extremo sur de la ciudad: San Salvador el Seco, San Salvador el Verde, Salto del Agua, Tlaxcoaque, San Antonio Abad y San Pablo deben haber vivido el final del conflicto militar como un acontecimiento íntimo, relacionado directamente con el bienestar o la desgracia personales, y no como un acontecimiento público, ajeno a la vida diaria, como ocurría en general con las cosas de los políticos. Es cierto que el resto de las regiones capitalinas no parece haber sido afectado de igual modo. Pero haríamos mal en menospreciar el efecto de las bombas, el humo y el movimiento de las tropas mexicanas en el ánimo de los capitalinos. ¿O no es señal del involucramiento colectivo el ajetreo callejero que se advierte después del mediodía²² y, sobre todo, el deseo de algunos jefes de manzana de recibir parque para combatir a los estadounidenses —aunque no sepamos quiénes son ni a qué barrios pertenecen?²³

Cuando el sol comenzó a ocultarse, en consecuencia, la guerra ya había afectado las vidas de un considerable número de capitalinos. Por el momento es imposible calcular, así sea de modo aproximado, la cantidad de personas que se encontraron en esta situación, así como el porcentaje que representaban en el conjunto de los habitantes de la ciudad de México. La información manejada hasta el momento es, ciertamente, más anecdótica que estadística, y sólo una detenida pesquisa en los archivos municipales y militares podría remediar esta situación.²⁴ Pero basta un esbozo impresionista. El largo proceso de *terrenalización* de la guerra, iniciado en los años del conflicto texano y acelerado desde el final de la guerra civil en febrero de 1847, había alcanzado su punto climático.²⁵ En el ánimo cívico de la ciudad de México, las horas por venir eran tan reales y tan grotescas como las horas de todos los días. El demonio anglosajón, abstracto hasta 1847 y difuso entre los primeros días de agosto y los primeros de septiembre, estaba comenzando a tener forma humana. El fuego de sus gargantas, por lo menos, ya había dejado sentir su calor en la vida de algunas decenas de habitantes de la capital mexicana.